

Rastrillo de lecturas

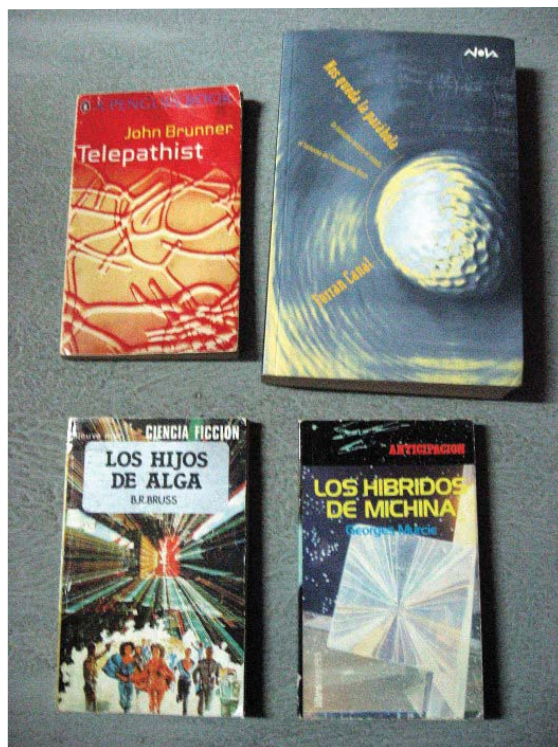
David Sigüenza

Antes del verano, y después de mis últimas visitas a rastrillos, librerías de lance y al Rastro, adquirí algunos títulos polvorientos que pasaron a engrosar mi ya demasiado grande colección de Ciencia Ficción. Durante el estío leí varios de estos libros desahuciados y, puesto que en mi círculo íntimo más inmediato la mención de las palabras “ciencia ficción” causa bufidos desaprobatorios, me he decidido a comentar mis impresiones en la revista que ahora se publica, un poco por desahogarme y otro por hacer un servicio público.

Siento debilidad por la colección de Fleuve Noir que, desgraciadamente, no puedo leer con demasiada soltura en su francés original, pero que fue editada en castellano y aflora frecuentemente en los mercados de libros usados. Son un montón de libritos de longitud humanamente legible (150-250 páginas), nada que ver con los tomos infumables de ínfulas bíblicas que se publican a menudo hoy día. Además, sus portadas abigarradas son un placer en sí mismas y a veces por sí solas ya justifican el dispendio coleccionista. Normalmente circulan con precios entre los 3 y los 7 euros, lo digo por si a alguien se le ocurre buscar algún ejemplar, que no les engañen demasiado. Los dos títulos que leí este verano, “Los hijos de Alga” y “Los híbridos de Michina”, son típicos: parten de una idea más o menos original, revestida de lugares comunes y personajes arquetípicos, pero suelen estar escritos con brío y no falta la acción y la aventura; incluso se pueden encontrar escenas realmente memorables. Son, al fin y al cabo, novelas que siguen los patrones de la ciencia ficción clásica, sin pretensiones (al menos las

que he leído hasta ahora), que cumplen eficazmente su función de entretener mucho y estimular moderadamente. Nada que ver con la ciencia ficción más vanguardista que también se publicaba en Francia en la misma época, de carácter tan especial, y que me entusiasma, aunque de manera más... cerebral, por decirlo de alguna manera.

Por coincidencia, estos dos últimos libros que he leído ejemplifican el tema de la hibridación entre extraterrestres y terrícolas.



Ambos plantean una historia en la que alienígenas en situación desesperada tratan secretamente de mezclarse con los humanos para garantizar su propia supervivencia. Es curioso que, aunque no se trata de una invasión *per se*, al final se produce un conflicto y un enfrentamiento entre las especies. En “Alga”, todo se soluciona y los *algores* se instalan definitivamente en la Tierra, tras sufrir diversas catástrofes ecológicas en su planeta de origen. En “Michina”, el ser transdimensional que

personifica la colmena de incontables individuos (¿transdimensionales?) se desespera al comprobar como sus emanaciones encarnadas se vuelven tan borricas como los propios homínidos que les sirven de huéspedes y decide retirarse *sine die* a su lugar (¿transdimensional?) de origen. Hay que decir que los *algores* lo tenían mucho más fácil, ya que por lo que parece son exactamente iguales a los aborígenes terrestres, excepto porque tienen la piel verde y poseen el don de la telepatía.

Hablando de telepatía... Cayó en mis manos un ejemplar de “Telepathist”, una

novelita de John Brunner que, me cuesta decirlo, aún no había leído. Este escritor es otro de mis fetiches. Aparte de obras de indiscutible calidad, como la innovadora "Stand on Zanzibar" o la profética "The shockwave rider" (olvidémonos de petardos como "Children of the thunder", que aún así tienen su aquél), este inglés publicó muchísimas novelitas de corte clásico que son un placer descubrir. El punto de esta que os comento es la idea de que si un telépata puede transmitir su pensamiento a otros así como leer las mentes de los que le rodean, sería posible la aparición de una realimentación al cerrarse el bucle entre emisor y receptor (ah, "Teoría de Control", creo que saqué un Notable, pero ya he olvidado todo). Las consecuencias descontroladas de este efecto es la formación de lo que se denomina *catapathic group*: un conjunto de personas absortas en el universo privado del telépata al que prestan más y más energía a costa incluso de sus propias vidas.

Esto es ciencia ficción de la de toda la vida, escrita con oficio y que se lee con gusto (más o menos culpable). Por desgracia, también leí un libro que me dejó un regusto desagradable, tanto más cuanto que el autor es español y siempre voy en búsqueda de algo bueno que se haya hecho aquí. Se trata de "Nos queda la parábola", de Ferran Canal (según las normas ortográficas catalanas, *Ferrán* no lleva tilde, aunque se pronuncia igual). Empieza bien, con un planteamiento tópico, pero cocinado con ingredientes sabrosos, como el curioso agujero negro en miniatura, envuelto en una esfera impenetrable, que objetiva la amenaza de unas inteligencias extraterrestres desconocidas. El relato está salpicado de detalles que a mí me resultan graciosos, por sus referencias a la corrupción administrativa y a la decadencia académica de las universidades, cosas que conozco bien. También hay algunas situaciones de humor castizo que son bienvenidas. Sin embargo, en las 306 páginas de la novela apenas sucede nada ni se desarrolla ningún tema ni se profundiza en las implicaciones de lo que se va narrando o describiendo. Al final, un monólogo patético del que parece ser el protagonista de esta historia coral, prolonga la agonía del lector, que a estas alturas se encuentra desanimado y un tanto confuso

ante la falta de energía del autor.

En fin, que 3 de 4 tampoco está tan mal. Otro día más.

Libros mencionados

John Brunner, "Telepathist", Penguin – Science Fiction 2715, 1968.

B. R. Bruss, "Los hijos de Alga", Nueva Situación - Ciencia Ficción #10, 1980 (edición española de "Les enfants d'Alga", Fleuve Noir - Anticipation #366, 1968).

Ferran Canal, "Nos queda la parábola", Grupo Zeta - Nova, 1998.

Georges Murcie, "Los híbridos de Michina", Libroexpres - Anticipación #7, 1978 (edición española de "Les hybrides de Michina", Fleuve Noir - Anticipation #686, 1975).

